Yo soy Alfredo Santos de Sevilla. Mi historia comienza veintiocho años atrás, justo cuando fui concebido rodeado por el regocijo y la alegría de toda mi familia. Aquella tarde, el vino y el cerdo especiado fueron servidos en largas mesas de pino ornamentado situadas en el salón principal, mientras mis primos y hermanos festejaban sin descanso. Mi padre en cambio, permaneció junto a su enrojecido hijo y desangrada mujer. Por mucho que el festejo de su nacimiento cobraba vida por momentos, el espíritu de su madre se iba perdiendo en el oscuro regazo de la muerte. Yo me encontraba mamando de su pecho, cuando la parca terminó de cortar los últimos lazos que la unían a ese mundo, maldiciendo mi nombre y estampa a ojos de toda mi familia. Mis parientes por parte de madre no se enteraron hasta la mañana siguiente, y renegaron de mí acusándome de haber sido el causante de su dura perdida. Poco o nada deseaban tener en relación conmigo, algo que enfrió la fuerte y consolidada amistad que mi padre había mantenido durante años con sus suegros.

Falto de los nutrientes de la leche de mi madre fui puesto al cuidado de Elena, una de las sirvientes de la casa. Esta había concebido hacía poco a un par de niños y perdió a uno poco después de nacer. Rota de dolor, tanto por su pérdida como por la mía, no dudó un segundo en tomar mi cuidado y criarme bajo su tutela y la de su marido. Este hombre no era otro que el sargento mayor de la guardia de la ciudad, una figura de importancia dentro de la guardia local. Poco antes de que cumpliese los seis, descubrí para mi asombro quienes eran mis auténticos padres, pues se me había mantenido en secreto en pos de proteger mi inocencia. Por unos instantes, cuando el engalardonado y perfumado patricio se situó ante mí tomando mi mano en pos de saludarme, creí que mi mundo cambiaría drásticamente. Pero no fue así, el hombre simplemente se presentó como mi padre y se fue. De vez en cuando lo veía en la distancia, tratando con poderosos dignatarios y prósperos mercaderes, pero ni una sola vez se dignó a volver a dirigirme la palabra. Aquello me molestaba, pero más me enfurecía cuando intentaba entablar un mínimo contacto con él y este me repudiaba bordemente. Mientras me hacía a la idea de que aquel hombre poco o nada quería saber sobre mí, mi Padre, mi autentico Padre, el hombre que se mantuvo conmigo y mi querida madre Elena desde mi llegada a este mundo… empezó a enseñarme el arte de la esgrima. Aunque intentaba que mis problemas familiares no afectasen a mi entrenamiento, en muchas ocasiones cuando me dirigía a Carlos no sabía cómo referirme a él. Siempre le había llamado “papá” pero desde la llegada de José a mi vida esta definición se había vuelto demasiado abstracta y voluble. A veces le llamaba maestro, otras veces le decía padre y en muy raras ocasiones por su nombre. Del mismo modo ocurría con mi padre José a quién le conocía como “El Patricio” o “Padre” pero de un modo mucho menos afectivo y más distante. De todos modos, mi opinión sobre él mejoró cuando cumplí los quince. De buenas a primeras, uno de sus sirvientes empezó a entregarme a principios de cada mes una bolsa cargada de monedas de oro destinadas a mi manutención. Aunque al principio las invertí en arreglos para la casa de mis padres y en costear la medicación de mi hermano no sanguino, con el tiempo empecé a destinar parte de ese capital a mis propios caprichos y necesidades. En apenas un par de años me había hecho un nombre entre los jóvenes de la capital, quienes me seguían a donde fuera como gorriones recogiendo el grano caído del carro de un granjero. Mis festejos, opulencias y derroches habían hecho de mí una persona egoísta, ególatra y ruin. Me batía en duelo ante el mínimo insulto, exprimía a quienes creía inferiores y sembraba la discordia allá donde me encontrase ebrio. Pero todo acto de exceso acaba teniendo su consecuencia, y la mía llegó una noche de viernes en la cual había bebido en abundancia. Me enfrenté a un grupo de marineros que recién habían desembarcado llegados del nuevo mundo, y a consecuencia de ello perdí mi brazo derecho a la altura del pecho de un tajo certero. Aunque no puedo perdonarles por lo exagerado de su castigo, si he de agradecerles el hecho de haberme abierto los ojos y encauzado mi sendero de autodestrucción a uno más firme y noble. Desde aquel día dejé el alcohol, abandoné a todos aquellos gorriones que atraje con mis migas y me dediqué a ahorrar cuanto pude mientras sanaban mis heridas. Cuando pude volver a esgrimir una espada, encargué a un sastre la concepción de una capa que cubriese únicamente la marca de mi vergüenza. Una capa de cuero, que pesase más o menos lo mismo que mi brazo izquierdo en pos de que me ayudase a mantener mi equilibrio. Poco tiempo después y tras pensarlo detenidamente, decidí abandonar el lecho y echar a volar fuera de aquella hermosa ciudad. Me despedí de mis padres y amigos más cercanos, me vestí con mis mejores ropajes de viaje, tomé a mi querida Elisea por su cuidado mango de cuero carmesí y abandoné la ciudad sin un rumbo predefinido. Estoy dispuesto a dar mi vida por una causa noble, y que la marca negra que sobrevuela mi nombre sea borrada al fin.

Descripción Física:

Es un hombre alto y de tez bronceada. Su melena oscura y rizada, cae sobre los hombros flanquea un rostro anguloso y atractivo. Sobre sus ojos oscuros y profundos, se aprecian dos cejas bien cargadas y adecentadas. La nariz imponente y marcada, da lugar a un espeso bigote negro y bajo sus carnosos labios una perilla corta la cual suele rascar con su única mano cada vez que se encuentra en un aprieto. Bajo sus ropajes, se puede encontrar un cuerpo fibroso y marcado, salvando el hecho de que los restos de su brazo derecho apenas aparenten ser una pequeña rama emergiendo de un robusto roble. Tiene marcas de cicatrices en muchas parte de su cuerpo, aunque por suerte la mayoría quedan cubiertas por la ropa.

Viste prendas holgadas y de alta costura. Se le conoce como el mercenario de la opulencia, dado que no tiene problemas de hacer gala de su riqueza allá a donde viaja. Tiene un sombrero blanco de ala, con una pluma azul de decoración. Lleva una camisa blanca de mangas largas con ribetes de oro, una capa carmesí de cuero grueso que le llega a poco más de la cintura. Sus pantalones siguen el mismo patrón que la camisa y acaban dentro de sendas botas de caballería, de un negro oscuro como el azabache. Su espada es un florete de concha francés, trabajado por los herreros más prestigiosos en pos de convertirlo en una letal y hermosa obra de arte.

Descripción Psicológica: Aunque ha perdido mucho de su antiguo egoísmo, malas formas y prepotencia, no ha dejado de ser una persona muy ególatra y perfeccionista. Todo ha de salir como él desea, todo ha de ser como él quiere y en caso contrario puede acabar muy enfurecido. Le encanta mantener las apariencias ante todo el mundo, nunca dejando su regio porte y su característico amor propio. Aún así, es una persona bastante noble y entregada a las causas que considera justas, y esto es lo que determina qué tipo de trabajos acepta o no. Es excesivamente riguroso con su higiene personal, algo que se puede apreciar tanto durante como al acabar un combate. Limpia la sangre de su espada continuamente y evita a toda costa manchar sus ropajes. Detesta el sudor, la suciedad y el mal olor. Motivo por el cual no suele aventurarse por los bajos fondos ni suburbios.